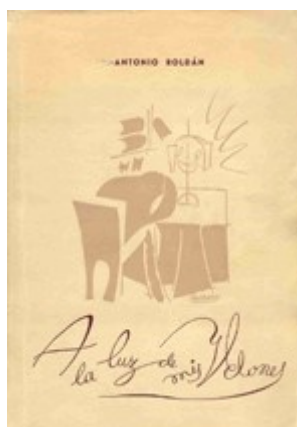


Antonio Roldán, poeta lucentino

A la luz de mis velones

***(Editado por el Excmo.
Ayuntamiento de Lucena)***



CONTENIDO

DIOS LA QUISO PARA ÉL	5
AL SANTO ROSTRO	6
AL CRISTO DE LA SANGRE	7
A MI HERMANO.....	9
UN CHAVAILLO EN LA ERMITA.....	10
MANTILLAS Y SAETAS	13
MI VIRGEN DE ARACELI	14
SOLEDAD	15
Una oración y una copla	18
LO QUE CHARLA UN PESCADERO A LA HORA DE LA VENTA ...	19
PERICO EL GITANO	23
CADA UNO CUENTA LA FERIA.....	26
Hasta en Belén hizo trato	36
BAUTIZO GITANO	41
Canto a Andalucía	44
EL AVELLANERO.....	49
A LA MUERTE DEL PINTOR.....	52
LA NOVIA DEL PONTANÉS	54
CANTO A PRIEGO.....	58
...Y YO TUVE MIEDO	60

ESA ROSA.....	61
TU GUITARRA Y LA MÍA	62
NO LO SUPO NADIE	65
MUJER LUCENTINA.....	67
SE LO LLEVÓ LA CORRIENTE.....	69
UNA LUCENTINA MÁS	71
TÚ Y YO.....	73
NUNCA DEBISTE BESARLA	74
UNA COPLA EN EL CAMINO.....	76
DOS FLORES TENGO EN MI HUERTO	78
LAS MANOS DE MI ESPOSA	79
A MI QUERIDA MADRE	81
AL OLIVO	82
ATARDECER	83

A MI ESPOSA

***ESTE LIBRO TE LO DEDICO A TI, MI QUERIDA
COMPAÑERA,***

¿A QUIÉN MEJOR?

***TODO LO BUENO QUE EN SÍ PUEDA ENCERRAR, A TI TE
LO DEBO.***

SI ES ACOGIDO CON BENEVOLENCIA,

SI EL ALETEO DE UN APLAUSO LO RECIBE,

ESE APLAUSO TE CORRESPONDE POR COMPLETO.

DIOS LA QUIISO PARA ÉL

No Querías, Señor, Tú no Querías
que la rosa cuajara aquí en el suelo,
y entonces la llamaste desde el cielo
cuando apenas la rosa se entreabría.

La flor, que aquí en la tierra se lucía
cuidada con amor y con desvelo,
al eco de Tu voz alzó su vuelo
y fuese hacia la voz que la atraía.

Ya no suena su risa de cristal
cuando el alba de rosa se reviste.
Ya no aroma la rosa en el rosal.

No quisiste, Señor, Tú no quisiste
quedarte sin la flor angelical
desde el momento mismo en que la viste.

AL SANTO ROSTRO

Señor, Señor: Cuando tu faz divina
contemplo sobre el lienzo reflejada,
cuando observo la luz de tu mirada
donde tanta ternura se adivina,

cuando miro, Señor, cómo se inclina,
tu frente por espinas lacerada,
esa frente, Señor, inmaculada .
donde quiso besar la golondrina,

entonces, mi Señor, entonces pienso
en tanto que contemplo sobre el lienzo
tu Rostro recubierto de amargura:

¡Cuánta pena pasó, cuántos dolores,
para dejar, con sangre y con sudores,
sobre el lienzo marcada su figura!

AL CRISTO DE LA SANGRE

Pasé, Señor, por tu puerta
y estaban en tu quinario.
Un no se qué por mirarte
hizo detener mis pasos.
Entré, Señor, para verte...
mas me quedé horrorizado.
Cuajaretones de sangre
brotaban de tu costado.
Sangre por tus blancas sienes.
Sangre corriendo en tus brazos.
Sangre por tus pies divinos
ya de antes lacerados.

Y aquellas, las manos tuyas...
¡Tus manos, Señor, tus manos!
Deshechas y doloridas,
rotas por los duros clavos,
en vez de las manos tuyas
eran dos lirios morados.

¿Por qué, Señor, tanta sangre
tus heridas derramaron?

¿A qué tanto sacrificio
si seguimos siendo malos?

Cuando yo quise rezarte,
enmudecieron mis labios.
Quise besar tus heridas
y los miembros me temblaron.
Quise seguir de rodillas,
te quise seguir mirando,
pero al mezclarse mi pena
con un amargor de llanto,
no pude, Señor, no pude
y me marché horrorizado.

A MI HERMANO

Pasaste por el mundo sin rencores
y hacer tan sólo el bien fue tu locura,
siguiendo por la senda tan segura
cambiáronse en plegarias tus favores.

Al paso de la vida no hubo flores
que hicieran suavizar tu desventura.
¡Fueron muchas las horas de amargura
que pasaste sufriendo tus dolores!

Que al fin se terminara tu calvario,
el gran poder de Dios lo quiso un día,
y tú, que te encontrabas solitario,

sintiendo que tu pecho se rompía,
envuelto de la muerte en el sudario
te fuiste con el Dios que fue tu guía.

UN CHAVAILLO EN LA ERMITA

Sierra de Aras. La Ermita.
Mañana de un Marzo tibio,
La Virgen se pone seria
mientras contempla a un chiquillo.
Éste descalcillo y roto,
por sol y viento curtido,
habla con los ojos bajos
entristecido y mohíno:
-¿Por qué no quieres que juegue
como siempre con tu Niño?
-Cuando ayer llegó a mis brazos
trajo sangre en el vestido,
No quiero que te lo lleves.
¡Déjame con mi cariño!
-Si ayer llegó destrozado,
no fui yo, fueron los chivos
que jugando lo tiraron
sobre una rama de espino.
¡Déjalo que venga y juegue!
-No quiero, déjame al Niño,
que ayer cuando lo trajiste
estaba muerto de frío,
- Yo le haré una candelita
con chaparros y tomillo.
-Déjame que yo caliente
solamente a mi cariño,
-¡Le gusta al chiquillo tanto

venirse a jugar conmigo...!
Tengo que hacerle una choza
con varetas de un olivo
para que duerma la siesta
si se quedara dormido,
-Yo solo quiero que duerma
en mis brazos mi cariño.
-He de enseñarle una jaula
que tengo con cinco grillos.
Jugaremos con las cabras,
iremos a coger nidos,
bajaremos a la fuente,
que tiene un espejo lindo,
y veremos nuestras caras
haciendo muecas y guiños
y perderse y agrandarse
cuando tiremos un chino.
-Sólo quiero que se mire
en mis ojos mi cariño.
-Con palillos de retama
y junqueras del camino,
nos iremos junto al agua
y haremos un remolino
para que el agua lo mueva.
¡Verás lo que nos reímos!
- Ya te he dicho que no quiero
que se vaya mi cariño.
-Entonces... si tú no quieres,
dijo con pena el chiquillo,
al menos me dejarás

que me quede aquí contigo.
La ternura de la Virgen
al fin el hielo ha fundido.
Su sonrisa se entreabre,
como un clavel encendido
y una esperanza florece
sobre el corazón del niño.

MANTILLAS Y SAETAS

Jueves Santo. Atardecer.
Una luz que ya no brilla.
Una sombra de mantilla
sobre un rostro de mujer.
Una pena y un dolor
que la saeta se lleva.
Un perfume que se eleva
de los tallos de una flor.
Unos pétalos de rosa
tras un reflejo de luz.
Un Cristo muerto en la Cruz
y una Mártir Dolorosa.
Un girón de la mantilla
que se enreda en la saeta.
Una lágrima, que inquieta,
va surcando en la mejilla.
Y va escondiendo Lucena
en su tarde de dolor,
tras la mantilla, la flor,
y tras la copla, la pena.

MI VIRGEN DE ARACELI

Quiso su nido la Estrella
sobre la peña bravía
y el primer beso del día
el alba lo puso en Ella.
¡Y es tan bonita! ¡Tan bella!
¡Refleja tanta dulzura!
Es tan grande su ternura,
que hay que amarla con ardor,
adorarla con fervor
y quererla con locura.
Es su risa agüita clara.
Si lloras, llora contigo.
Si tiembles te ofrece abrigo
y nunca te desampara.
Si tú quieres ver su cara,
si tú quieres, peregrino,
ver el resplandor divino
que brota. de toda Ella,
del nido de aquella Estrella
yo te enseñaré el camino.

SOLEDAD

Va la noche caminando despacito,
arrastrando silenciosa su pereza.
Llorando se fue la luna
y sin brillo se quedaron las estrellas.
Como jirones del velo de la muerte
van Pasando nubes negras
y tras de aquella ventana,
que en el cielo se ha quedado medio abierta
con espanto reflejado en sus caritas
los querubes contemplando están la tierra.
La tierra que de horror se ha estremecido
y que ahora permanece muda y quieta.

Con siete puñales finos
que el corazón le atraviesan.
Con siete dolores fijos.
con siete llagas abiertas,
va la Madre del Cordero caminando
agobiada por la carga de las penas.
Sola va con sus dolores,
sola va con su tristeza
y sola buscando aquel Hijo querido
que en negro sepulcro cobija la tierra.
Pero la Virgen bonita,
en cuya cara Van corriéndose las perlas,

no va tan sola, tan sola,
que va con Ella Lucena.
Lucena, que de amores encendida
también sabe llorar si llora Ella.
Lucena que de luto se cubría
pensando en el dolor y en la tragedia.
Bien que lo pregonan sus lindas mujeres
que van paso a paso siguiendo sus huellas.

Luto llevan sus miradas.
Luto sus almas encierran
y de riguroso luto
llevan sus mantillas negras.
También lo van pregonando
esos penitentes de caras cubiertas
que, enorgullecidos, le van alumbrando
con los largos cirios de la blanca cera.
y también que lo pregona
una voz vibrante, que cuaja en la reja.
y que dolorida se escapa en el aire
igual que del arco se va la saeta.

Saeta que cual plegaria
hacia aquella Madre te elevas ligera
por amor te pido... ¡no la dejes sola!
mira que es muy grande su dolor y pena.
Negras mantillas de encaje
que vais cobijando las altas peinetas:

enjugadle con amor esas mejillas
donde corren esas lágrimas que queman.
Y tú, fornido santero,
que vas orgulloso sufriendo por Ella,
¡Mécela por Dios te pido!
No dejes tú de mecerla
y que el áspero camino
igual que de flores más bien le parezca.
y todos, todos unidos,
santeros, flores, mantillas, saetas,
no dejemos que la Mártir Dolorosa,
esa Mártir que llamamos Madre nuestra,
siga sola su camino de amargura
ni que aumente su dolor ni su tristeza.

UNA ORACIÓN Y UNA COPLA

"Madre mía de Araceli
a visitarte he venido..."
Y en la quietud de la tarde,
bajo el cielo adormecido,
se va perdiendo la copla
como se pierde un suspiro.
¡Madre mía de Araceli!
¿quién canta Por los caminos?
¿Quién va predicando tu nombre
con un broche de cariño
¿Quién va trenzando promesas
bajo la paz del olivo?
¿No es la voz del campo alegre?
¿No es]a voz del campesino
que va tejiendo plegarias
sobre el oro de los trigos?
¡Madre mía de Araceli...!
Oye la voz de tus hijos.
"Tú que tanto poder tienes..."
¡Dale a sus penas alivio!

LO QUE CHARLA UN PESCADERO A LA HORA DE LA VENTA

¡Oiga! ¡Oiga! Ya está aquí
lo mejó que da la má.
El boquerón malagueño,
la sardina plateá,
jurelillos pá la sopa
y el famoso pez espá.
Los jurelillos a ocho
y a catorce la pescá.
¡Esto va a se mi ruina!
¡Vaya usté con Dios, don Juan!
¿Hoy no lleva usté cigalas?
Porque mire usté que están
pa jacerle dar suspiros
al que tenga paladá.
¡Y qué barato está hoy!
¡Es mi ruina totá!
Porque a mí, con estos precios,
no me deja la mitá.
¿Cuántos te pongo, Carmela?
¡Quieres callar, Triniá,
que llevas siempre más prisa
que un cartero en un portal!
Descuida, que no se acaba.
¡Pero vamos, no empujá!
Usté, agüela ¿cuánto quiere?

¿Medio cuarterón na más?
Agüela, tenga cuidao
no vaya usté a reventá.
¡Olé la gracia bonita!
Niños, dejarla pasá
que acaba de entrar la reina
como el que no dice na
¿Qué quieres tú, Solearilla?
¿Qué quiere mi Soleá?
Pídeme por esa boca.
que si me pides la má.
mañana la má es tuya.
¡Pero qué bonita estás!
Yo por mirarme en tus ojos...
¡Pero niños, no empujá!
¿No habeis visto en vuestra vida
una princesa reá?
¿Qué dije yo de tus ojos...?
que tienes una mirá
que paecen dos velones
luciendo en la oscuridá.
¿Qué quieres, pescá o gambas?
¿Las dos cosas a la pá?
Pues llévate las gambitas
y deja aquí la pescá,
porque en ciertas ocasiones
no me gusta a mí engañá.
¿Te pongo aquí un papelito,
o encima de la ensalá?
pues si a tí te da lo mismo,

encima del verde va.
¡Y vaya con Dios la reina!
¡Niños, dejarla pasá!
Y mañana, Solearílla,
cuando vengas a comprá,
deja la sa en tu casa,
porque tienes tanta sa,
que na más que con reirte
la empiezas a espurrar
y me pones el pescao
que no se pué ni tragar.
y tú niña... ¿qué te pasa?
¿Qué dice el municipá
que están los jureles fartos?
¡Vamos, se quié usté callá!
¿Tú no sabes, arma mía,
que aquí el peso está cabá?
Lo que tú vienes buscando
es la perrilla y na más.
Güeno, pues toma la perra
y ya te puedes largá,
que está pa llover el tiempo
y no te puedes mojá.
¡Ay, qué jurelillos tengo!
¡Vamos, señores, pasá!
¡Boquerones, calamares!
¡Pero niños, no empujá!
¡Pescaillas a catorce!
¡Osú, con la Triniá!
Ya mismito estoy contigo.

¿Qué quieres, preciosa?
Que no callas ni durmiendo.
¡Ay qué qüena la pescá!
¡Y qué fresquita la tengo!
¿Se fue ya el municipá?
¿Te pongo a ti medio kilo?
Mire usté qué calamá,
con más tinta en la barriga
que gasta el Banco Central.
¡Vaya usté con Dios, mi arma!
¿Pero, te vas sin pagar?
Vente tú aquí, Manoliyo,
que tengo la boca asá
y voy a tomarme un trago.
¡Niños, dejarme pasá!

PERICO EL GITANO

Gitano, gitano viejo.
Feo, negruzco, con pecas:
Tu cuerpo rechiquitín
un alma de artista encierra.
Sin saber cómo ni cuándo,
entre guiñapos y greñas,
entre pellizcos de hambre
y rascabinas inciertas,
te enseñaron la guitarra
Y no te enseñaron letras.
Fuiste príncipe del toque,
según los antiguos cuentan,
y entre torrentes del vino
que se derrama en las juergas,
fuiste guión de alegría
cuando en tus manos las cuerdas
desgranaban fandanguillos...
bulerías, peteneras...
y tal vez algunas veces,
con un amargor de penas
que te minaban por dentro,
y que guardabas secretas,
salpicaduras de odio
escupieron tus falsetas.
Gitano, gitano viejo:

¿Qué fue de la zambra aquella
en que tus manos hablaban
acariciando las cuerdas?
Yo sé que tú estás llorando,
aunque bien no lo demuestras.
y lloras porque pasaron
aquellos tiempos de juergas
en que príncipes del toque
fueron tus manos maestras.
En el fondo de tu alma
quizás un recuerdo queda
del reír de una gitana
y un rumor de castañuelas.
Gitano, gitano viejo:
Al tris tras de tus tijeras
canturreas muy bajito
aquellas tuyas falsetas,
y no es la prima quien llora
ni es el bordón quien se queja
acompañando tu canto.
Ahora quien llora es tu pena
y quien se queja... los años
que destemplaron tus cuerdas.
En los tratos te emborrachas
y de taberna en taberna,
entre copas de aguardiente
que te entorpecen la lengua,
sueñas frases de amargura
que creó tu borrachera:
-Ya no tienen paladar

los brotes de ramas viejas.
El toque de aquellos días,
que fue sentimiento y pena...
Aquel cante de Chacón.
quien bordó la malagueña...
fueron cosas que pasaron
y que ya la gente nueva
ni entenderá, ni comprende
y ni al corazón les llegan."
Sigue, gitano cantando
al tris tras de tus tijeras.
Sigue rimando entre dientes
aquellas tuyas falsetas.
Cántalas para ti solo,
sin que el viento las extienda,
porque tú mismo decías
cuando aquellas borracheras...
¡Ya no tienen paladar
los brotes de ramas viejas!

CADA UNO CUENTA LA FERIA...

¿Por qué me habré yo venío
y dejao sola mi güerta?
¡Por ná! Porque se empeñó
toíta mi parentela
y que tira y aflojando...
¡que me los traje a la feria!
Ahora tengo el compromiso
de escribirle a la carrera
a mi amigo, el señó Juan,
que dijo que le escribiera
y le dijera en un verso '
tó lo mejor de la feria.
¡Pero mi señó don Juan...!
¿Yo soy el Pastor Poeta?
Pero en fin, vamos al toro
y salga lo que Dios quiera.
Pues sabrá, amigo don Juan,
que sí, que estuve en la feria
y que estoy medio esrengao
también quiero Que lo sepa.
Pero vamos al principio.
pa que salga bien la cuenta.
Lo primero fue el capricho;
que tuvo la mi parienta,
en que me pusiera un traje,
que yo tengo de chaqueta,
y engarrotarme el pescuezo
con una corbata nueva.

Mire usted que yo le dije...:
¿Pero tú no ves, Manuela,
que yo no pueo respirar
cuando me pongo estas prendas?
¿Y pa qué se lo diría?
Se puso jecha una fiera
y que quieras o que no...
pues que se salió con ella.
Cuando al fin me vi en la calle,
con toa mi parentela,
además de nueve hijos,
el más chico con niñera,
se me peqaron tres primos
y siete primas solteras.
¡Y menos mal que no quiso
venirse también la suegra!
Y cuando en la calle el Peso
iba con media ronquera
de dar voces a los niños
pa que fueran por la acera,
sentimos un revoleo,
como si juera tormenta,
y empezó toíta la gente
a colarse por las puertas,
Que yo me dije: ¡Repuño!
¿qué viene que tanto suena?
Y como tós nos queamos
allí con la boca abierta,
se echó encima un bicharraco,
gruñendo más que una perra

y lo mismo que un chanquete
puso a la familia entera
con un traste que llevaba
que parecía una regaera.
Las siete primas chillaron.
Se desmayó la Manuela.
Los niños jicieron palmas,
pensando que era una fiesta,
y yo que estaba mirando
una cocinera tuerta,
al sentir la mojaura
me quedé jecho una pieza
y me tragué la colilla
de un cigarro de cosecha.
¡Y vaya cachondeíto
que se armó por nuestra cuenta!
Hasta un niño malage,
que pasaba en bicicleta,
me dijo con mucha guasa:
¡Qué pasa, amigo! ¿Está fresca?
No quise ni contestarle
por no enrear la maeja.
Cuando al fin se nos pasó
un poquillo la sorpresa,
jechos tós un remolino
nos colamos en la feria.
¡Y aquí fueron las fatigas...
y aquí empezaron las penas!
Como había tanta gente
subiendo las escaleras

que dan entrada al paseo,
y que resultan estrechas,
a un chico me lo treparon,
a una prima la despeinan.
A la mujer, de un porrazo
le rompieron tres ballenas
y yo, que vi los apuros
que pasaba la niñera,
tuve que coger en brazos
al más chiquito de teta
porque con el rebullicio
iban a jacerlo yesca.
¡Pues ya estamos disfrutando!
le dije yo a la parienta.
y me largó una mirá
que por poco me atraviesa.
Después, por verme más libre
de tanta gente a mi vera,
a la mayor de las primas,
que yo la encontré más seria.
le largué por lo bajini
un güen puñado de pesetas
pa que llevara a los niños
a subirlos donde juera.
Cuando nos queamos solos
se le ocurrió a la parienta
el sentamos un ratillo
porque le dolían las piernas.
¡Y qué güen sitio pillamos!
Mú cerca de la caseta

y teniendo frente a frente
tó lo mejor de la feria.
Yo pedí un vaso de vino
y pa mi mujer cerveza.
¡Qué cosas vimos, don Juan,
allí sentaos en la mesa!
En la caseta de al lao
que paecía una colmena
de tanta gente que habia,
comenzó a tocar la orquesta.
Uno tocaba el tambor
el bombo y la pandereta.
Otro se aqarró al violín.
Otro cogió una trompeta
Y poniéndose empinao
comenzó a tocar falsetas.
Otro apañó una guitarra,
Que paecía una furgoneta,
y otro con dos calabazas,
no sé de qué estaban llenas,
comenzó a espantá mosquitos
con tantas ganas y apriesa,
¡Que tengo yo que ajustarlo
pa cuando duerma la siesta!
Pues no le quiero decir
cuando en mitá la caseta
se pusieron a bailá
tanta gentesílla nueva.
Por lo menos cien muchachas
se juntaron para muestra.

¡Y pa qué le voy a contá
lo que ví en la carretera!
Pasaban los matrimonios,
ésto sí que daba pena,
Que iba el pobre del mario
con los niños dando güertas,
llevando dos de la mano
y el más chiquitillo a cuestras,
en tanto que la costilla,
más pujá que una ballena,
iba atrás comiendo polos
tan gustosa y tan compuesta.
Se vieron pasar los autos,
con más gente de la cuenta,
donde iban unas niñas
presumiendo en la lantera
como diciendo: ¡Aquí voy!
Soy la reina de la fiesta.
¿Y los coches de caballos?
¡Eso si que es cosa güena!
Un gachó más estirao
que un padrino con chistera,
en una mano la tralla,
en otra mano la rienda,
el sombrero encasquetao
por si el viento se lo lleva;
y luego dando más voces
que un maestro da en la escuela:
¿Y por qué dan tantos gritos
así de aquella manera?

¿Pa que se aparte la gente?
¡Pues que apañe una trompeta!
Totá, mi señó don Juan:
Que a las diez o diez y media
al frente de la prímita
regiEso si que es cosa güena!
Un gach6 más estiraio
que un padrino con chistera,
en una mano la tralla,
en otra mano la rienda,
el sombrero encasquetao
por si el viento se lo lleva;
y luego dando más voces
que un maestro da en la escuela:
¿Y por qué dan tantos gritos
así de aquella manera?
¿Pa que se aparte la gente?
¡Pues que apañe una trompeta!
Totá, mi señó don Juan:
Que a las diez o diez y media
al frente de la prímita
reqresó la patulea.
Me levanté haciendo palmas.
Nos pusimos tós en ruela.
Se presentó el camarero.
¿Cuánto debo? -Diez cincuenta.
¡Pero niño!: ¿Qué ha pasado?
¿Es que se ha volcao la mesa?
¿Me he queao con el traspaso?
¿Se ha puesto mala tu suegra?

y en medio la discusión,
un niño que había a mi izquierda,
que estaba soplando un globo,
lo soplaría con tal fuerza,
que aquello pegó un berrío
que por poquito lo trepa.
¡Y no le digo a usted ná,
la que se lió a mi vera!
El padre de aquel chiquillo,
que estaba echando cerveza,
del salto que vino a dar
cayó encima de la orquesta.
Se asombraron tres caballos.
Se quemó una buñolera.
Una señora que había
chupando un helao de fresa,
doloría por el reuma
y más lisa que una estera,
rompió un palo de la silla
y se cayó dando trechas.
Pero lo malo y peor
que ocurrió en esta tragedia,
fue que dos ciegos que había,
tocando con gafas negras,
al sentir el estampío
emprendieron tal Carrera,
que fueron tirando sillas.
mesas, vasos y botellas,
hasta que ya pa remate
por causa de su ceguera,

pusieron patas arriba
a una pobre avellanera.
Mire usted, señó don Juan,
aquello paecía la guerra.
Yo le empujé a la familia,
fui tirando de Manuela,
y en menos que salta un grillo
los puse en la carretera.
Una vez en campo libre
me puse a ajustar la cuenta
pa ver si faltaba alguno.
¡Pero aquello daba pena!
Los chiquillos destrozaos.
El moño suelto, Manuela.
Una prima sin tacón
otra con la lengua fuera.
El chupete del chiquito
que llevábamos de teta,
en vez de chuparlo él
lo chupaba la niñera.
y pa colmo de mis males,
aquella corbata nueva
que se empeñó la costilla
en que yo me la pusiera,
la llevaba cierta prima
sujetándose las medias.
y aquí. termino el relato
de tó lo que ví en la feria.
Si el año que viene vivo,
pué ser que a la feria venga,

pero si vengo es yo solo
sin corbata y sin chaqueta.
y también si tengo tiempo,
y salimos bien de ésta,
de lo que ví en la corría
se lo diré en cuatro letras.
Que usted se conserve güeno
es lo mejor que desea,
este amigo que lo es:
Nícasio Primo Contreras.

HASTA EN BELÉN HIZO TRATO

Ya van los gitanos
cruzando la sierra.
Manolillo es él.
Gabrielilla es ella.
Como güen gitano
de raza selecta,
él lleva la burra
montao en la trasera.
Detrás, paso a paso,
lo sigue Gabriela.
Van a ver a un Niño
que en la Noche Güena
se escapó del cielo
montao en una estrella
pa vé si arreglaba
la gente en la tierra.
Le llevan piñones,
castañas y almendras,
que pa más no daban
los tratos que hicieron.

No corras, Manolo.
Sujeta la bestia
que voy que me ahogo.
¿Porqué tanta priesa?
¿A qué correr tanto
si ya estamos cerca?

¿No has visto que guapa
se ha puesta la sierra
con su traje blanco?
Párate pa verla
y deja que un rato
me siente a tu vera.
-¿Subirte en la burra?
¡Pues sí que estás güena!
¿No sabes criatura
que va pa venderla?
Si tú aquí te subes
le dá la flojera
y el valor de un grillo
nos darán por ella.
Conque sigue andando
y estira las piernas,
que si aquí te subes
no podrás moverlas.

Al portal del Niño
los gitanos llegan.
Entran despacito,
como si temieran
despertar a un niño
que duerme la siesta.
San José, ¡güen hombre!
con cara de fiesta
al verlos sonrío.
La Virgen, más seria

al ver los gitanos
algo se recela
y arropa a su niño
con pieles de ovejas.
-No temas, María.
Por Dios, no nos temas
que aunque gitanillos
somos gente güena.
¡Mira, Manolillo!
¿Tú no ves qué prenda?
Parece de nardos
regüertos con fresas.
¡Ay, Manolo mío,
si un divé quisiera
que un churumbelillo
asín yo tuviera!
-Pero quiés callarte
so cacho e chumbera.
Saca ya el regalo,
que está en la talega,
y dale castañas,
y máscale almendras
porque me figuro
que estará sin muelas.
Después el gitano
con cara más seria
que un juez del supremo
dictando sentencia,
al buen San José

seguido le suelta:
-Señor San José:
No lo tome a ofensa
si en estos momentos
le jago una oferta.
¡Le vendo la burra!
¿Qué no le interesa?
¿Usté ha visto burra
quizá más derecha?
¡Mire usté qué planta!
¡Mire usté qué recia!
Por treinta reales
la cosa está jecha.
¿Que no tiene un cuarto?
¡Ni falta que hiciera!
Por ná se la dejo.
Quédese con ella
para que se monte
aquí.. . su Eminencia.
Más... Señor José:
Pa que yo no pierda
en este tratillo
jecho a la carrera,
deje que besemos
los pies de esta prenda.
Y aquel gitanillo
de piel casi negra,
puso un tierno beso
en la carne fresca
del churumbelillo

que duerme la siesta.
Así que ha besado
va a besarla ella.
-Gabriela, cuidao:
cuidao con las greñas
que le haces cosquillas
y así lo despiertas.

Cruzan los gitanos
de nuevo la sierra.
El va sin la burra
con el jato a cuestras
y ella así le dice
con cara risueña:
-¿Contento, Manolo?
¿Contento de veras?
¿No vas cansáillo
subiendo la cuesta?
y dijo el gitano:
-Contento, Gabriela.
Jamás jice un trato
como este que hiciera.

BAUTIZO GITANO

¡Gitanos de bronce oscuro!
¡Gitanas de bronce claro!
Dejá la palabrería
que está el churumbé llorando.
Jumillo de aceite frito
se va extendiendo en el campo
y debajito del puente
está llorando un qitano
encueros y arreciíto
mientras se chupa las manos.
-Dale teta, qitanilla.
Dale al churumbé un traqo
pa que vaya bien nutrío
cuando lo jaqan cristiano.
-¡Ay, mi frutero de espuma!
¡Ay, mi varita de nardo!
¡Pero chupa, mardecío,
que me estás jaciendo daño!
Deja, agüela, el aquardiente,
que tú no pues ni probarlo.
Una mardición qitana
se quea corgá de un árbol
mientras la rana murmura
junto a la orilla del charco.
¡Gitanos de bronce oscuro!
¡Gitanas de bronce claro!
Apañá ya los avíos
que está el curita esperando.

En el porvo del camino
se quea durmiendo un carro
y a la vera de un cortijo
salta la sangre de un gallo.
¡Escóndelo, Manoliyo,
pa cuando luego golvamos.
Un mochuelo que lo ha visto
se sube a un poste temblando.
¡Que ya vienen, pare cura!
¡Que 'ya vienen por el llano!
De la sotana del cura
un gato sale rodando.
-Dios le guarde, pare cura.
-Que Dios te guarde, gitano.
El sacristán, escondío,
se está vistiendo de blanco.
-¿Y se va a llamá el niño...?
-Pues se va a llamá Retaco,
lo mesmito que su agüelo
pa que no se pierda el rastro.
El retrato de un Obispo
se quiso salir del marco.
-Pero gitano, por Dios,
si eso no es nombre de santo.
-Pues entonces... Migueliyo...
-Será Miguel, en tal caso.
- Por su salú, pare cura,
eche usté más sá, carambo,
pa que luego tenga labia
en el trajín de los tratos.

Con perfume de aguardiente
salta un timo a flor de labio:
-¿Te la digo, pare cura,
que tienes carita e santo?
El cura se puso verde
ante tamaño descaro
y de cuatro resoplíos
dejó la vela en un cabo.
-Señora, por Dios, señora,
¿usté no tiene reparo?
-Déjala usté, señó cura,
si es que no pué ni probarlo.
En un artá escondió
se troncha de risa un santo.
-Con que dijimos que cinco.
-Dijimos que diez, gitano.
-Por su salú, pare cura,
que no tengo ni tabaco.
Tome usté las cinco plumas...
porque los tratos son tratos.
Ya van camino del puente
los gitanillos cantando.
La chicharra del olivo
lleva el ritmo de un fandango,
mientras se lleva el viento
las finas plumas de un gallo,
algo murmura la rana
en la orillita del charco.

CANTO A ANDALUCÍA

(Ocho rosas)

Fino pañolón tejido
por Dios para su recreo.
Relieve de camafeo
desde el cielo desprendido.
Clavel moreno encendido
con que España se engalana:
Eres tú la flor temprana
que el sol besa en su delirio,
y eres jazmín y eres lirio
por ser mora y ser cristiana.

Ocho rosas van prendidas
sobre tus lindos crespones.
Ocho son los corazones
que laten por darte vida.
Ocho son las que reunidas
se nutren del mismo amor,
y ocho son las que al calor
del tronco donde florecen
son las mismas que te ofrecen
el ramillete mejor.

Don Gonzalo vela austero
tu sueño, Córdoba mora,
mientras la guitarra llora
por un pintor y un torero.
Con un sabor de romero
baja de la sierra el viento
recogiendo el sentimiento
de una copla, que al nacer.
tomó forma de mujer
y se perdió en un lamento.

Cubierta con la mantilla,
negra cua1 1a misma pena,
cuando ve a la Macarena
la Giralda se arrodilla.
y cuando mezcla Sevilla
la plegaria con la flor,
la saeta y el dolor,
con temblor de escalofrío
se queda suspenso el río
amansando su furor.

Cádiz luce su figura
en medio de un mar de plata
y el mismo mar la retrata
cuando la luna fu1gura.
Envuelta con la blancura
que la salina provoca,
Cádiz, con un ansia loca,
va cantando en un tanguillo.

"Llevo clavado un cuchillo
sobre mi más firme roca".

Málaga la pregonera.
La que lanza sus pregones
fundiéndolos con canciones
de la salsa callejera.
Málaga azul, marinera
Garbo de barco velero.
Perfume de limonero.
Perla que besan las olas
y arrullan las caracolas
cuando asoman los luceros.

Un fandango junto al río.
Cordones de peregrinos.
Huelva traza en sus caminos
un solo nombre: ¡Rocio!
Espuma de un mar bravío
dibujando tres estelas.
La blancura de tres velas
rizando el amanecer
y un corazón de mujer
fundido en tres carabelas.

El aire teje en el monte
encajes para la Alhambra,
mientras que ritmos de zambra
se escapan del Sacramonte.

Pintada en el horizonte
con manto de desposada,
se empina Sierra Nevada
y cual amoroso envió,
engarza un beso en el río
y se lo manda a Granada.

También la sierra te envía
un beso en la brisa leve
y su blancura de nieve
te va envolviendo, Almería.
Aunque la tenaz sequía
te produce sinsabores,
a costa de tus sudores,
que la tierra va empapando,
vas tus frutos madurando
y vas recogiendo flores.

La copla en el olivar
se va perdiendo a lo lejos.
¡Ay, Virgen de Linarejos,
y qué bien suena al pasar!
"Nadie la sabe cantar"
así la copla decía,
y Jaén que la sabia
la refundió en su garganta
y el aire de una taranta
cruzó por la serranía.

Saeta, peina, mantilla.

Copla, guitarra, dolor.
Sierra, monte, río, flor
y un cielo de maravilla.
Granada, Cádiz, Sevilla,
Huelva, Jaén, Almería
Córdoba en su serranía
y Málaga misteriosa
pintaron las ocho rosas
del ramo de Andalucía.

EL AVELLANERO

Se ve por los bares.
Cruza las tabernas.
En su fino brazo
columpia una cesta
y bajo el flequillo,
que en su frente tersa
se descuelga airoso,
su mirada inquieta
va buscando al cliente
para hacer su venta.
Con cara de pillo
se acerca a las mesas.
Reparte avellanas,
sin tener en cuenta
si alguno le compra
o no le interesa.
¿Qué pasa, Don Juan?
¿Pongo una peseta?
¡A pares y nones
me juego la cesta!
y su vocecilla,
de risas cubierta,
se prende en el aire
y el aire la eleva.
¡Me juego la vida!
Una frase es esta
que tiene aprendida
y siempre la suelta.

A veces un cliente
se decide y juega,
y aquel chavalillo,
con una viveza
impropia a sus años,
charla, rnanotea,
y si piden pares
él se las arregla
de forma que nones
son los que allí quedan.
De lejos su abuelo
a veces le observa,
y calla y sonrie
viendo la destreza
de aquel nietecillo,
que al brazo su cesta,
busca el alimento
que en su casa entra.
Yo he visto al chiquillo,
no es cosa secreta
llegar a su abuelo
y con cara seria
decirle: - Abuelito
si usted no me presta
siquiera tres duros
pa llenar la cesta,
en mi casa hoy
no sirve la mesa.
y el abuelo, cuco,
se para y lo piensa

y con parsimonia,
que tan bien le sienta
al viejo andaluz,
saca su cartera.
- Toma, niño, toma
las quince pesetas.
Mas ten entendido
que sean devueltas.
Descuida, abuelito,
las cuentas son cuentas.
y allá va el chiquillo
pensando en sus ventas
corre que te corre
a llenar su cesta.
También muchas veces
lo vi en las tabernas,
cercado de un corro
que me lo jalea,
bailándose un baile
que él mismo se inventa.
Si tiene pesares,
nunca lo demuestra.
Es vivo y alegre
como pandereta.
Este es el chiquillo
de cara risueña
que da sus pregones
al brazo su cesta.

A LA MUERTE DEL PINTOR

¡Ha muerto Julio Romero!
Que se calle la guitarra.
Que recojan las mocitas
las flores de sus ventanas
y pongan crespones negros.
¡Ay luna, luna de plata!
no vayas rompiendo sombras
ya que las sombras lo guardan.
Agüita que lleva el río:
dime, dime ¿por qué pasas
juguetona Y cantarina
mientras la muerte lo abraza?
Cuando cruces por el puente
serás toda mar de lágrimas,
que ha muerto Julio Romero
y están llorando en España.
¡Mi Chiquita Piconera!
Así la copla cantaba
cuando dejó los pinceles
para dormirse en el alba.
¡La copla! La copla suya.
La que le dio tanta fama.
La copla que se hizo carne
entre risas de guitarra.
¡Ay, Virgen de los Faroles!

¿Dónde fue que tanto tarda?
Las mujeres cordobesas,
sangre y fuego, carne y alma,
le buscan mas no lo encuentran.
Hasta las mismas campanas
con acentos doloridos
continuamente lo llaman.
¡Ay, Chiquita Piconera!
Deja el calor de las ascuas;
cubre tu cuerpo de bronce
con los pliegues de su capa,
y pregunta si en el cielo
ha entrado un pintor de fama.
Por la sierra cordobesa
van rodando las palabras:
¡no me cantes alegrías!
que se calle la guitarra,
que ha muerto Julio Romero
y están llorando en España.

LA NOVIA DEL PONTANÉS

Premiado en Puente Genil

Baja luna, porque quiero
hablarte cerca una vez.
Baja que te quiero ver
y seré tu compañero...
o novio, si puede ser.
Baja y haremos derroche
de alegría y de luz.
Baja, que mi verso y tú
tienen que cerrar un broche
sobre este pueblo andaluz.
Baja y ponte la mantilla
que te hicieron de rocío.
Baja y mírate en el río
y verás qué maravilla
tu retrato junto al mío.
Vamos... al fin me hizo caso
la luna, lunita buena.
Ahora cógete del brazo
y echaremos un vistazo
porque merece la pena.
Mira ¿ves? ¡Puente Genil!
El pueblo alegre y austero.
El galante y caballero
que como flor de pensil
da su aroma al forastero.
El que activo se engrandece;

cual colmena bullidora.
El que admira y enamora.
El que cuanto tiene ofrece...
y es mucho lo que atesora.
El que sus calles empina
por estar cerca de Dios.
El que alienta con amor
a los hombres que caminan
por la senda del dolor.
El que ríe y el que canta
cuando asiste a su ferial.
El que bien sabe llorar
cuando en su Semana Santa
ve sus Vírgenes pasar.
Así es Puente Genil.
Villa noble cual ninguna
con orgullo de ser cuna
de aquel poeta gentil...
que tú conociste, luna.
Ahora ven, que en la ribera,
un cantar de primavera
forman el viento y el río
cuando perdiendo su brío
cruzan por la membrillera.
Mira el poema sencillo
del río, al tomar tu brillo
y cubrirse con su espuma,
en tanto que se perfuma
con las flores del membrillo.
En esa misma corriente

se inspiró seguramente
el poeta pontanés.
Aquí mismo, sobre el puente,
lo besé más de una vez.
- ¿Que tú lo besaste, luna?
¿Es que acaso fue tu amante
aquel poeta galante?
- Sólo tuve la fortuna
de ser su novia un instante.
El repartió sus amores
y se entregó por entero.
El fue novio de las flores,
amante de los colores
y de la luz compañero.
A su lado la tristeza
se convirtió en alegría.
El, de la mujer, un día,
recogió su gran belleza
y la transformó en poesía.
y siempre de amor sediento.
yo crucé en su pensamiento
sin duda más de una vez,
mas solamente un momento
fui novia del pontanés,
porque la muerte, celosa,
de la dicha de los dos,
lo arrebató silenciosa
y se lo llevó, orgullosa,
a la presencia de Dios.
y ahora adiós, que la campana

que aunque al parecer dormita,
vigila y es charlatana
y el por qué de mi visita
tal vez lo cuente mañana.
y si mi retrato ves
cuando cruces por el río
piensa en aquel pontanés
que fue unos momentos mío
y pídele a Dios por él.

CANTO A PRIEGO

(TRÍPTICO)

ALBA

De claro rosicler se va tiñendo
el cielo que amoroso te cubría,
y anunciando la luz del nuevo día
llega el alba las sombras descorriendo.

Tú despiertas ¡oh Priego! sonriendo
recibiendo la luz con alegría,
y tu risa recorre Andalucía
porque el viento veloz la va extendiendo.

De tu sierra, cuajada de romeros,
va llegando la brisa perfumada.
De tu campo, rumor de amaneceres.
y en el limpio cristal de tus veneros
se descubre, fielmente reflejada,
la figura gentil de tus mujeres.

SOL

Ya penetra la luz por tus hogares.
Ya despiertan cantando tus campanas,
y en el aire sutil de tus mañanas
cuaja un rezo que sube a tus altares.

Con canciones se alegran tus telares.
Rueda un canto de amor por tus besanas
y en tu huerta, que aroman las manzanas,
se mezclan con sudores los cantares.
Canta el agua que corre y va calmando
la sed con que se abrasan los trigales.
Canta el aire que cruza tu olivar.
y si el aire y el agua van cantando,
eres Priego, cantor de madrigales,
el único que inspira mi cantar.

LUNA

¡Priego, Priego! La luna está bordando
de tu fuente los chorros cristalinos,
y sus rayos, de tonos diamantinos,
las plantas de tu Virgen van besando.

La flor de tus mujeres va llegando,
lo mismo Que un cordón de peregrinos
y de rezos se cubren los caminos
mientras sigue la fuente murmurando.

y en tanto que copiando las estrellas
el agua mansamente se desliza
del seno de tu fuente centenaria,
en los labios, clavel de tus doncellas,
igual que se dibuja una sonrisa,
se funden la oración y la plegaria.

...Y YO TUVE MIEDO

Tú estabas dormida.
Tu mata de pelo
cayendo en cascadas
velaba tu cuerpo.
La luna, curiosa,
se entró en tu aposento
y yo, tras la luna
entréme en silencio.
Tu boca, capullo
de clavel moreno,
cuajó una sonrisa.
Quise darte un beso.
Pero al acercarme
sentí tanto miedo...
Que sólo rozaron
mis labios tu aliento.
Tú estabas dormida...
y encima del lecho
estaba una Virgen
guardando tu sueño.

ESA ROSA...

Dame, niña, aquella rosa
que luce sobre tu pecho.
Dámela, que está sangrando
tal vez de envidia y de celos.
Dámela que yo la guarde
como el que guarda un secreto,
pero antes de entregarla...
¡Por Dios, niña, dale un beso!

TU GUITARRA Y LA MÍA

Fue tu guitarra y la mía
las que primero se hablaron.
¡Te quiero! dijo la mía.
y la que estaba en tus brazos
con un temblor de novicia
dejó en suspenso un fandango.
Un aire de soleares
fueron mis manos bordando
y brotó la copla aquella
que se cuajó entre mis labios:
"Dame a beber en tu boca,
por el Cristo Soberano,
que traigo en mis labios fuego
y no sé como apagarlo."
Mientras la copla fluía
yo a ti te estaba mirando,
y de color de amapola
se puso tu piel de nardo.
De tu guitarra, prendida
en la cárcel de tus brazos,
volvió a surgir nuevamente
aquel ritmo de un fandango.
"Que no te quiero querer
y no te quiero, gitano,
que no quiero con el tuyo

mi corazón enredarlo."
y el embrujo de tu risa
vino a prenderse en tus labios.
Una escala de suspiros
de mis bordones rodaron
y con la vista prendida
en tu pecho, rosa y mármol,
desgrané la petenera
que aquella noche escuchamos:
"Petenera, Petenera,
dame de tu pecho un ramo..."
y aquel clavel que en tu pecho
manchaba el vestido blanco,
que tan guapa te ponía,
se estremeció, y al notarlo,
rodaron más amapolas
por tu carita de nardo.
Entonces de tu guitarra
brotaron ritmos de tango.
De la mía bulerías.
Después las dos se juntaron
y brotó la granadina.
Después los tientos gitanos
y mas después las guitarras
poco a poco se callaron
porque en el aire una copla
se escapó entre los naranjos.
"Fue tu guitarra y la mía
las que primero se hablaron.

Benditas sean sus cuerdas
que supieron enredarnos."

NO LO SUPO NADIE

... y fue sólo aquella noche
sin que lo supiese nadie.
Cuando pasé tú besabas
un clavel color de sangre
y entre la flor y tu boca
quedó prisionero el aire.
¡Quién fuera aquel prisionero
que tuvo tan dulce cárcel!
Yo a tí te dije: ¿Te vienes?
y si al principio dudaste,
pronto acabaron tus dudas,
sentí gemir tus cristales
y tus pies chiquirritines
fueron bordando la calle.
-¿Vamos a la Plaza Nueva?
-¿Vámonos mejor al Parque?
Corrióse arriba una estrella.
-¡Mira qué lindo brillante!
Tus manos de flor y espuma
se posaron sobre el aire.
-¿Te gusta mirar la noche?
-Me gusta mejor mirarte.
y estaba la noche aquella
perfumada de azahares,
borracha de luz de luna

envolviéndose en romances.
En el carmín de tus labios
llegó la risa a cuajarse. ,
-¿Vamos y vemos la fuente?
- Vámonos donde tú mandes.
La luna rompió una nube
que se le puso delante
y en el cristal de la fuente
llegó la luna a mirarse.
-¿Y no te gusta la luna?
-Me gusta mejor besarte.
La luna guiñóme entonces,
sentí que tembló tu carne...
y fue solamente un beso
sin que lo supiera nadie.

MUJER LUCENTINA

Mujer lucentina:

Gentil mariposa

de labios de grana, de piel nacarina
con suave perfume que envidia la rosa.
Ojazos de mora. Carbones de fragua
que funden las penas quitando dolores.
Tu esbelta figura refleja en el agua
la musa que inspira poemas de amores.

Panal de dulzura

que apaga con mieles la sed del camino.
Estuche que guarda placer y locura.
Antorcha en la noche, Velón lucen tino.
Por ser la sultana tu manto de espuma
tejieron las olas rodando en los mares.
Los grandes artistas, con rayos de luna
te hicieron collares.

La noche callada,

su flor de azabache te puso en el pelo.

La tez sonrosada

que luce tu rostro, te dio el terciopelo.
En la noche oscura de tus grandes ojos,
para ver el cielo. quisiera asomarme.
y en las brasas vivas de tus labios rojos.
bebiendo en tu aliento quisiera embriagarme.
Rendido a tus plantas me entrego a ti sola.
por ser entre todas la joya más fina.

Por ser la castiza mujer española...
por ser andaluza... ¡por ser lucentina!

SE LO LLEVÓ LA CORRIENTE

Que te espero, me dijiste.
yo te dije: Volveré.
y tú un juramento hiciste
y yo también ,lo juré.
Estabas sola conmigo
y cruzábamos el puente.
Tú dijiste: de testigo
que nos sirva la corriente.
y en el agua cristalina
y encima de las espumas,
lo firmó una golondrina
con la mejor de sus plumas.
Tú me diste una rosa
Que en tu pecho se mecía.
¡Ya ves tú que poca cosa
me diste en garantía!
Yo un Suspiro te dejé
que se me escapó al mirarte.
También poca cosa fue
pero más no pude darte.
Y yo emprendí mi camino
y tú te fuiste llorando;
yo a cumplir con mi destino
y tú a seguirme esperando.
Mas cuando al cabo de un año
volví buscando lo mío,
me recibió un desengaño
y el saetazo de un desvío.

¿Que cómo fue? Muy sencillo:
Cuando penetré en tu calle
hasta los mismos chiquillos
quisieron darme detalles.
Y charlaban las vecinas.
Y murmuraban los hombres.
Y hasta en algunas esquinas
pronunciaron nuestros nombres.
Y yo, sin perder mi paso,
pensando en ti solamente,
pasé sin hacerle caso
a la charla de la gente.
¡Pero Qué razón tenía
la gente que murmuraba!
Yo ví que en tu reja había
quien de mí te separaba
y en los pliegues de mi faja,
ante tu maldad y afrenta,
sentí gruñir mi navaja.
tal vez de sangre sedienta.
Mas pensándolo mejor,
¡No vale la pena! dije.
y no provoqué al traidor
ni tampoco te maldije.
Volví a cruzar por el puente.
Ví la golondrina sola
que tiraba a la corriente
las plumitas de su cola,
y yo la rosa saqué,
que me diste en mal momento,

y en el agua ia tiré
igual que tu juramento.
y ya una vez que aquel rio
todo aquello se llevara
en vez de llorar sonrío
cuando te miro a la cara.

UNA LUCENTINA MÁS

¡Una limosna, por Dios!
De esta forma suplicaba
la chiquita de ojos grandes
con reflejos de esmeralda.
y así llegó a la taberna,
cuando entrando avergonzada
me demandó una limosna
con la mirada muy baja.
¡Y qué cara, Madre mía!
¡Virgen María, qué guapa!
Con miradas que desnudan
los hombres la contemplaban.
¿No tienes padres? le dije,
sin cansarme de mirarla.
- Los tengo, triste me dijo,
pero nunca están en casa.
Y al par que me respondía
su vestidito estiraba

para ocultar a mis ojos
su cuerpecito de nácar.
Le di al punto una limosna,
según mi fuerza alcanzaba,
y con un ¡Dios se lo pague!
se marchó toda azorada.
Viéndola cómo partía
pensé mientras se alejaba:
¿Qué será de este capullo
cuando el capullo se abra?
¿Cuánto lobo habrá en acecho,
hambriento de carne humana,
que viendo flor tan bonita
tratará de deshojarla?
¡Virgencita de Araceli!
Tú que en la Sierra de Aras
velas por las lucentinas,
manda un ángel de la Guarda
que como fiel jardinero
cuide esta rosa temprana.
Tal vez se llame Araceli,
lo mismo que Tú te llamas,
esa chiquilla bonita
de los ojos de esmeralda.

TÚ Y YO

Para tu boca, la mía,
para mi calor, tu pecho,
para mi reír tu risa
y para llorar tus duelos.
Para no penar de ausencias,
el talismán de un recuerdo.
Para mi dicha, tu vida,
para mi embriaguez, tu cuerpo,
para cantar tu belleza
lo más puro de mi verso.
Tus ojos para mirarme;
para tu sufrir, mis celos;
tu pelo para enredarme
y para morir... tus besos.

NUNCA DEBISTE BESARLA

¿Por qué le diste el beso
junto a la orilla del río?
Dime: ¿Por qué la besaste
si no te guió el cariño?
¿No viste cómo las aguas
hicieron un remolino
por no querer darle un beso
sobre sus manos de armiño?
No la besaron las aguas
ni las piedras del camino
se atrevieron a besarle
la flor de su piececito.
En cambio tú, hombre al fin,
tuviste el desatino
de llevarte las dulzuras
de aquel clavelillo lindo.
Cuando la viste llorando
lo mismo que llora un niño,
fue que perdió su pañuelo
junto al cercano molino.
Ahora es la mujer quien llora.

Llora porque con cinismo
fuiste a robarle un beso
sin que mediara un cariño.
No pases más por su lado
cuando juegue junto al río.
Déjala llorar su pena
hasta que llegue el olvido,
que fue muy grande tu daño
y más grande tu delito
al llevarte las dulzuras
de aquel clavelillo lindo.

UNA COPLA EN EL CAMINO

¡Cómo se alegra el camino
cuando pasa el arriero!
El eco de sus cantares
va desgarrando el silencio
que entre las sombras reinaba,
por ser las sombras su reino.
Una venta en el camino.
Un postiguillo entreabierto
donde asoma una sonrisa,
único clavel de invierno,
y el querer de una mocita
que permanece en acecho.

Los puñalitos del alba
van ahuyentando luceros
que se esconden presurosos
por los rincones del cielo,
y una copla que penetra
por el postigo entreabierto:
"Abre niña la ventana
y asoma tus ojos negros,
que teniendo tanto frío
quiero calentarme en ellos."
La copla sigue rodando

por caminitos estrechos,
hasta que al fin sólo llega.
cabalgando sobre el viento.
el tin tan de aquel piquete
que el burrillo delantero
acompañado movía.
Después, de nuevo el silencio
y un suspiro que se escapa
por el postigo entreabierto.

DOS FLORES TENGO EN MI HUERTO

Yo tengo, Señor, dos hijos
que a tu bendición vinieron.
Son dos chorros de mi sangre.
Son dos brotes de mi cuerpo.
Son dos tallos de mi alma
Que a tu soplo florecieron.
Un clavel y una magnolia.
Señor cultivo en mi huerto.
La magnolia es un capullo
y el clavel ya se está abriendo.
Mis sonrisas, son sus risas.
Mis alegrías, sus juegos.
Mi música sus cantares
y mi perfume sus besos.
Tú bien sabes, mi Señor,
que es todo lo que yo tengo.
Por eso aquí, en esta hora
en que nos cubre el silencio.
solamente yo te pido
que no desoigas mi ruego:
Si Tú, mi Señor, me llamas,
si yo, mi Señor, me muero,
sólo quiero que Tú cuides
de las flores de mi huerto.

LAS MANOS DE MI ESPOSA

Dos ramilletes de flores
cuando su más tierna infancia.
Dos capullos de fragancia
de nacarinos fulgores.
Cuando en su pecho entró Dios,
dos magnolias que temblaron.
Dos palomas que volaron
cuando su primer adiós.
Después, de novia vestida,
inclinada ante el altar,
una rama de azahar
de su cintura prendida,
se confunde fácilmente
con su manita hechicera,
pálida como la cera,
tibia como sol de Oriente.
Manos de esposa querida
concedidas por el cielo,
que allanaron con desvelo
el camino de mi vida.
Manos que, cual mariposas,
volaron sobre mi frente
ahuyentando de mi mente
pesadumbres dolorosas.
Manantial de frescura

cuando de fiebre abrasado,
en mi cerebro han posado
con infinita ternura.
Manos que al cielo elevaron
al hijo pensando en Dios.
Manos que lo acariciaron
con el más ferviente amor.
Ellas sirven de consuelo
al rosal de sus amores,
siendo sus mejores flores
los hijos que le dio el cielo.
Manos que ya temblorosas
y por las venas surcadas,
serán flores deshojadas,
pero serán más piadosas.
Perdonarán mis agravios
con la bendición más pura
y derramando dulzura
serán manjar de mis labios.
y olvidando los enojos
que yo en el mundo le hiciera,
ellas cerrarán mis ojos
al llegar mi hora postrera.

A MI QUERIDA MADRE

Si Dios, quisiera que por darte vida
la mía por la tuya se cambiara,
para que libremente se escapara
¡con qué placer me causaría una herida!

Me dejaste por Dios, madre querida,
haciendo que en tu ausencia más te amara.
Jamás me olvidaré de aquella cara
en que tanta bondad quedó prendida.

Tú te fuiste del mundo sin dolores
quedando al fin tu corazón inerte
después de repartir tantos amores.

Yo un consuelo sentí, cuando al perderte,
supe que Dios también quiere las flores,
y que manda por ellas con la muerte.

AL OLIVO

Olivo juvenil y milenario.
Olivo que en la paz fuiste bandera:
De tus tallos cortó la mensajera
cuando el Globo completo era un acuario.

Tú alimentas las luces del Sagrario,
donde el cuerpo de Cristo se venera
y a tus sombras oró por vez postrera
el Mártir que muriera en el Calvario.

Tú me prestas calor, cuando de frío,
con velo blanco te cubrió el rocío.
Tú fecundas y guardas en tu entraña

el óleo fino, que al final es oro,
y guardas con cariño tal tesoro
para darlo después, fundido, a España.

ATARDECER

El sol, que tras la nube se escondía
borracho de rodar entre las flores,
fue borrando del suelo los colores
llevándose por fin la luz del día.

El árbol, que a los vientos se mecía
cubriendo aquel nidal de ruiseñores,
cantábale a la luna sus amores
en tanto que la luna se reía.

Un cuadro como aquél de tal belleza,
ní el más grande pintor con su destreza
pintar con sus pinceles no podría.

Solamente el Señor de lo creado
puede ser, que sintiéndose inspirado,
pintara el cuadro aquel de tal valía.